

Semblanzas a la muerte de un dictador. Obituarios, editoriales y declaraciones públicas sobre Franco en Gran Bretaña y Estados Unidos

Juan Andrade¹

Recibido: 16 de junio de 2018 / Aceptado: 20 de septiembre de 2018

Resumen. Este artículo analiza las declaraciones públicas y las semblanzas de Francisco Franco que se elaboraron a su muerte en Gran Bretaña y Estados Unidos. Presta especial atención al juego de espejos entre países y a la resignificación esos días de los recuerdos acerca del dictador. Lo hace relacionando lo publicado con varios niveles: el contexto político e intelectual de ambos países, los estereotipos anglosajones sobre España, los mitos contruidos por la dictadura y la producción historiográfica al respecto. Los periódicos analizados son los británicos *The Times* y *The Sunday Times*, *The Daily Telegraph*, *Daily Mail* y *The Guardian* y los estadounidenses *The New York Times*, *Wall Street Journal*, *Los Angeles Times*, *Chicago Tribune* y *The Washington Post*.

Palabras clave: Francisco Franco; Estados Unidos; Gran Bretaña; semblanzas; periódicos.

[en] Biographical sketches of a late dictator. Obituaries, editorials and public statements about Franco in Great Britain and the United States.

Abstract. This article analyzes the public declarations and the biographical sketches of Francisco Franco elaborated in Great Britain and United States of America at the moment of his death. This article pays special attention to the game of mirrors between countries and the resignification of memories about the dictator in those days. It does so by linking the published about Franco with several levels: the political and intellectual context of Great Britain and United States, the stereotypes about Spain, the myths built by the dictatorship and the historiographical production about the subject. The newspapers analyzed are, from Great Britain, *The Times* and *The Sunday Times*, *The Daily Telegraph*, *Daily Mail* and *The Guardian* and, from United States, *The New York Times*, *Wall Street Journal*, *Los Angeles Times*, *Chicago Tribune* and *The Washington Post*.

Key words: Francisco Franco; United States; Great Britain; biographical sketches; obituaries.

Sumario: Mandatarios y sociedad civil en contexto. Equidistancias benévolas y alguna condena. Brillante militar: restaurador del orden o golpista. Fascista, no fascista o fascista “a medio cocinar”. Hábil diplomático u oportunista. Demiurgo de la clase media. Personalidad. Bibliografía citada.

Cómo citar: Andrade, J. (2018). Semblanzas a la muerte de un dictador. Obituarios, editoriales y declaraciones públicas sobre Franco en Gran Bretaña y Estados Unidos. *Historia y comunicación social*, 23 (2), 321-337.

¹ Universidad de Extremadura.
E-mail: jandradeb@unex.es

La muerte de Francisco Franco Bahamonde el 20 de noviembre de 1975 tuvo una repercusión importante en Gran Bretaña y Estados Unidos. Gobiernos, parlamentarios, referentes de la sociedad civil y medios de comunicación se hicieron eco de la muerte del dictador español y, a conciencia de que el hecho les interpelaba, se pronunciaron al respecto.

La muerte de Franco se vivió como el cierre de una época remota no del todo clausurada. Quienes entonces se pronunciaron al respecto lo hicieron proyectando una mirada de largo recorrido, donde unos niveles de memoria habían prevalecido sobre otros y algunos de los nuevos contribuyeron a la resignificación de los anteriores. De todos esos momentos en los que el recuerdo se reelabora el prevalente suele ser el momento presente, de tal forma que el ejercicio de memoria habla a veces más del tiempo desde el que se recuerda que del tiempo recordado (Aróstegui, 2004; Traverso, 2007).

En este sentido, los relatos que en Gran Bretaña y Estados Unidos se elaboraron del dictador español nos hablan mucho de aquel tiempo de mediados de los setenta, que se movió entre dos grandes coordenadas. Por una parte, un escenario de Guerra Fría ligeramente tensionado por el posible cambio en los equilibrios de fuerzas que, en el Sur de Europa, podía traer consigo la reciente caída de dictaduras en países férreamente aliados del eje anglosajón, donde la influencia de la izquierda era considerable, como Grecia, Portugal y también España. Por otra, una crisis económica estructural que - habiendo tenido su detonante en 1973 y a la espera de una nueva sacudida en 1979 - amenazaba el modelo de crecimiento surgido del pacto social de postguerra. Al calor de esta crisis económica empezaba a despuntar una ofensiva ideológica conservadora que tendría a sus primeros referentes intelectuales y mediáticos - luego también a sus primeras y más carismáticas figuras políticas - precisamente en Estados Unidos e Inglaterra (Hobsbawm, 1995: Cap. 14). En ese año central de 1975, entre los dos grandes jalones de la crisis, en un contexto de aparente normalidad en el que se sentía fluir bajo los pies el magma de profundos cambios económicos, sociales y culturales, murió Franco (González Madrid, 2010). Y en esa época, políticos, periodistas e intelectuales británicos y estadounidenses trazaron con mejor o peor pulso su imagen del dictador.

Lo hicieron desde fuera, en ese clásico juego de espejos donde las visiones a propósito de otro país devuelven una imagen representativa del país propio. Las valoraciones y semblanzas del dictador español que se elaboraron aquellos días en Gran Bretaña y Estados Unidos fueron elocuentes de las tendencias ideológicas de ambos países, de las expectativas e inquietudes que se vivían entonces, también de las batallas políticas y mediáticas que se daban en su seno, muchas veces libradas, como fue el caso, a través de la consideración de figuras extranjeras a la contra de como fueran consideradas por el adversario del propio país.

La visión desde Estados Unidos y Gran Bretaña de la vida y obra de Franco resulta particularmente interesante, pues permite precisar los parámetros con que dos de las más antiguas democracias valoraban una de las dictaduras más longevas. También permite comprobar el grado de ajuste con respecto a las aportaciones historiográficas del momento y posteriores. También la sujeción a algunos estereotipos de lo hispánico o mitos construidos por la propia dictadura.

Esos presentismos y esos distintos sustratos de una memoria siempre móvil se pusieron particularmente de manifiesto en los principales diarios británicos y estadounidenses, especialmente, por su pretensión panorámica, a través de editoriales y

obituarios. Al tratarse del momento de la muerte del dictador español, del momento que mayor atención mereció a los lectores, las imágenes que esos días se construyeron de Franco habrán sido probablemente unas de las más duraderas en ambos países. El tratamiento del final de la dictadura por la presa extranjera ha sido objeto de estudio en varios trabajos (Viguera, 2010; Pinilla 2013; Rodríguez, Tulloch y Guillemet, 2015). Este artículo pretende analizar las semblanzas de Franco en una lista amplia y plural de periódicos británicos - *The Times* y *The Sunday Times*, *The Daily Telegraph*, *Daily Mail* y *The Guardian* - y estadounidenses - *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Chicago Tribune* y *Wall Street Journal*². La metodología, como se ha venido señalando, consiste en analizar esta semblanza atendiendo a los contextos políticos e intelectuales de Estados Unidos y Gran Bretaña, a los mecanismos de constitución de la memoria y al contraste de todo ello con la historiografía sobre el Caudillo que ya existía entonces y se desarrolló posteriormente. El resultado, como se verá, es un mosaico de imágenes de Franco - plurales, contradictorias, enfrentadas- que en bastantes ocasiones distó mucho de la imagen crítica que en España se ha pensado se tenía de él en el mundo anglosajón.

Mandatarios y sociedad civil en contexto

Apenas muerto Franco se sucedieron las declaraciones de destacadas figuras. Tan inmediata como inequívoca fue, por ejemplo, la opinión de Richard Nixon. El que un año antes fuera Presidente de la mayor potencia del mundo no dudó en calificar al viejo Caudillo recién fallecido de “leal amigo y aliado de los Estados Unidos”, ni tampoco en señalar que, gracias a la firmeza y rectitud con que gobernó su país, “el General Franco se ganó el profundo afecto de su propio pueblo y el respeto a la nación española alrededor del mundo”. Sin embargo, desde posiciones de responsabilidad política se vio conveniente no expresar opiniones excesivamente comprensivas o encomiásticas de Franco - por más que pudieran tenerse - para evitar que fueran objeto de reprobación por sectores sociales muy críticos con el dictador. También se evitó hacer valoraciones negativas que pudieran afectar al marco de unas relaciones diplomáticas que, como mínimo, se pretendían fluidas.

Para Estados Unidos, cuya administración estaba en manos del republicano Gerald Ford, España venía siendo un estrecho aliado. El presidente Ford envió sus condolencias personales a la familia de Franco, evitó hablar demasiado sobre el dictador - a quien calificó como “líder de una etapa significativa de la historia de España” - y comunicó que mantendría “las excelentes relaciones existentes entre nuestros dos países” (*The New York Times*, 21/11/1975: 17). Gran Bretaña, en esos momentos gobernada por el laborista Harold Wilson, no mantenía, sin embargo, ninguna relación preferente con la dictadura, aunque tampoco nada hostil. Así, el gobierno británico instó a sus miembros a que no realizaran manifestaciones de pesar o alegría por la muerte de Franco y delegó el traslado de las condolencias más básicas a su ministro de asuntos exteriores James Callaghan. El mensaje de la Reina Isabel II al presidente del Consejo de Regencia de España, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, fue neutro: “Transmito a Vuestra Excelencia mis condolencias por la muerte del General Fran-

² Todas las traducciones del artículo son de elaboración propia.

cisco Franco, que durante tanto tiempo ha dirigido su país como Jefe del Estado español” (*The Guardian*, 21/11/1975: 2). Las diferencias también se pusieron de manifiesto en la asistencia al funeral del dictador. Gran Bretaña mandó una discreta comitiva formada por funcionarios y parlamentarios sin responsabilidad gubernamental de peso. EEUU envió a su vicepresidente Nelson A. Rockefeller, el representante político de mayor rango de todos los países democráticos que asistieron al funeral.

No obstante, por debajo de las declaraciones oficiales, algunos parlamentarios y una parte activa de la sociedad civil de ambos países se pronunciaron abiertamente sobre Franco. Estos pronunciamientos, que amplificaron la dimensión internacional de la muerte del dictador español, también afectaron a la vida política interna de Gran Bretaña y Estados Unidos aquel noviembre de 1975. Así, por ejemplo, el debate sobre la formación de la comitiva que debía acudir al sepelio trascendió al Parlamento británico y tensionó la vida interna del Partido Laborista. La designación como cabeza de la delegación del laborista Malcom Shepher, a la sazón máximo representante de la Cámara de los Lores, enojó a una parte considerable de las bases del partido y de su ala izquierda. El reconocido sindicalista y entonces diputado en el Parlamento Stanley Newens denunció que la asistencia de su compañero “sería vista con consternación por todo el movimiento laborista y sería una afrenta hacia aquellos que lucharon y murieron en la Guerra Civil española en los años 30” (*The Times*, 21/11/1975: Portada). Efectivamente, la muerte de Franco reactivó el recuerdo de la Guerra Civil Española en Gran Bretaña y Estados Unidos. En su día se había grabado con tal intensidad que ocupaba todavía un lugar destacado en el imaginario de una izquierda para la que la guerra de España había sido un ejemplo pionero y heroico de resistencia al fascismo. En Estados Unidos, por ejemplo, un grupo formado por 25 figuras destacadas en el ámbito de la ciencia, las humanidades y la educación, entre los que se encontraban los premios Nobel George Wald, Max Delbrück, Arthur Kornberg o Polykarp Kusch, elaboraron un manifiesto en el que pedían al presidente Ford “una revisión fundamental de la política de Estados Unidos hacia España” al objeto de lograr la “abolición” definitiva de un régimen que calificaban de “totalitario” (*The New York Times*, 21/11/1975: 17).

¿En qué contexto se produjeron estas declaraciones y en qué contexto se elaboraron los obituarios y semblanzas en la esfera mediática que se analizarán a continuación? Estados Unidos atravesaba entonces su peor crisis económica desde la depresión de los años treinta. Para hacerla frente el gobierno redujo la presión fiscal y los fondos destinados a programas sociales. Las medidas recibieron el rechazo del Partido Demócrata, que, después de seis años en la oposición, había recuperado músculo, sobre todo ante un presidente, Gerald Ford, muy cuestionado por haber salido de la sola designación personal de su predecesor Richard Nixon tras dimitir por el Watergate. En política exterior se puso definitivamente fin a la Guerra Vietnam y Estados Unidos vino a redefinir su estrategia internacional bajo la orientación del sempiterno Secretario de Estado Henry Kissinger. En el nuevo pulso a la Unión Soviética el objetivo inmediato era evitar el surgimiento de gobiernos nacionalistas y de izquierdas especialmente en América Latina, Oriente Próximo y ahora también en el Sur de Europa. Dentro del Partido Republicano se sufría ya el empuje de una corriente muy escorada a la derecha que cristalizaría en la candidatura de Ronald Reagan para las primarias del año siguiente (Wherth, 2007).

La crisis económica del petróleo también sacudió Gran Bretaña. A diferencia de Estados Unidos los efectos pudieron minimizarse gracias al descubrimiento de

nuevos yacimientos en el Mar del Norte. El gobierno británico del conservador Edward Heath, que ocupó el 10 de Downing Street hasta marzo de 1974, quiso hacer frente a la crisis conteniendo las subidas salariales y flexibilizando los despidos. Enseguida se vio frenado por las fuertes movilizaciones de los sindicatos británicos, empoderados al calor del desarrollo de una clase obrera numerosa y compacta y del importante Estado social construido en la postguerra. La resistencia sindical a las medidas de ajuste - que tanto influyó en la derrota de los tories en las elecciones de 1974 - alimentó una fuerte derechización del mundo conservador, tanto del partido, encabezado ahora por Margaret Thatcher, como de sus periódicos. En el imaginario en transformación del mundo conservador británico los sindicatos por acción y los laboristas por omisión representaban no solo el freno a las medidas necesarias para la reactivación económica, sino la causa última de una crisis leída en términos de declive histórico nacional (Sassoon, 2001). En política exterior el hecho más reseñable fue la celebración en junio de ese año de 1975 del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en las Comunidades Europeas. Pese a las fuertes divisiones, los dirigentes conservadores y laboristas pidieron el voto a favor de la permanencia y el sí salió con un 67% de los sufragios. Por tanto, aquel año de 1975 la opinión británica estaba muy atenta a los debates sobre la construcción europea y la posible inclusión en ella de nuevos países.

Equidistancias benévolas y alguna condena.

El periódico que proyectó una imagen más benévola de Franco fue el británico *The Times*, con elogios a sus supuestas virtudes y varias afirmaciones exculpatorias a la naturaleza dictatorial del régimen. No se trató de una imagen ni siquiera aproximada a la que tuvo de Mussolini y Hitler, lo cual es un ejemplo de que para una parte del mundo conservador británico Franco pocas veces fue asimilado a los dos dirigentes fascistas más carismáticos. El primero de los editoriales que el diario inglés dedicó a Franco del día 21 arrancó con un ejercicio de aparente equidistancia, que en la práctica era una reprobación a quienes vivieron con lógico alivio la muerte del dictador: “La muerte del General Franco no debería ser saludada ni con indecoroso regocijo ni con excesivo dolor”. El diario abogaba por dejar “los juicios morales a un lado” para reconocer que “los logros del General Franco fueron reseñables” (17).

Semejante equidistancia - que como toda equidistancia entre polos desiguales viene a ser un refuerzo del más fuerte - también fue ejercitada por *Daily Telegraph*. Al preguntarse en su obituario si Franco había sido bueno para España, se respondía a sí mismo:

Para unos fue un represor y trajo la negación de sus derechos, para otros trajo la salvación de España y un *Chicken in a pot* todos los domingos. Ambas visiones son presumiblemente ciertas según el ángulo desde el cual se vio o sufrió el régimen. Pero, ¿cómo dirá la Historia que Franco sirvió a España?” (21/11/75: Obituario).

El diario evitaba valorar el franquismo según los beneficios o perjuicios que tuvo para las mayorías sociales de España o de acuerdo con un marco de valores políti-

cos y éticos explicitados. Por el contrario, se remitía a la “Historia”, una disciplina académica que elevaba a la condición de juez trascendente, para justificar luego una opinión propia sobre Franco del todo inmanente a ese tiempo histórico. Para ello buscó amparo de manera un tanto forzada en el criterio de autoridad de un historiador como Hugh Thomas, muy citado también en los diarios conservadores *The Times* y de *Los Angeles Times*.

El *Chicago Tribune* sucumbía al mismo relativismo al ponderar las supuestas actitudes sociales ante el dictador: “odiado por sus enemigos, reverenciado por sus admiradores, temido por muchos y quizá incomprendido por muchos más” (20-11-1975: 12). El editorial de *The New York Times* señalaba, sin ambages, que se trató de un personaje más odiado que querido, aunque sobredimensionó el respeto del que fue objeto y subrayó sus supuestas cualidades: “Francisco Franco Bahamonde, odiado por muchos, amado por pocos y respetado por la mayoría de sus compatriotas fue un líder político de cualidades extraordinarias y poder duradero” (21/11/1975: editorial).

De los periódicos analizados *The Guardian* fue el que hizo una valoración más rotunda y negativa del dictador en su editorial. Arrancaba así:

Fue el último de los dictadores fascistas cuyas políticas llevaron al mundo a la guerra y la miseria. Su propia guerra fue en sí misma un campo de prácticas para un conflicto más grande, que dejó la España de Franco indemne pero políticamente aislada (21/11/1975: editorial).

Brillante militar: restaurador del orden o golpista

Todos los diarios conservadores y buena parte de los progresistas arrancaron las semblanzas de Franco subrayando su meteórica carrera militar. El *Telegraph* señalaba además - dejando ver una cierta fascinación por los hombres excéntricos de armas muy típica del conservadurismo británico - que se había formado bajo el magisterio de Millán Astray, “el brillante necrófilo lisiado y medio loco que dirigía a sus hombres en la batalla bajo el grito de Viva la Muerte” (21/11/1975: Obituario). En el extremo ideológico opuesto, el obituario de *The Guardian* afirmaba también que Franco “hizo un excelente trabajo como organizador del ejército en la época de Primo de Rivera” (21/11/75: 4). En esas fechas no llegó a la prensa anglosajona el cuestionamiento de las dotes militares de Franco que desarrollaría la historiografía (Viñas, 2015).

También hubo unanimidad en subrayar la extraordinaria violencia con que Franco reprimió la revolución de Asturias de 1934. *The Times* declaraba que sofocó la rebelión con “despiadada severidad” (21/11/75: 19), el *Telegraph* la calificaba de “brutal represión” (21/11/75: Obituario) y *The Guardian* habló del “salvajismo de la represión” de Asturias como precedente del practicado en la Guerra Civil (21/11/75: 4). En cualquier caso, ni siquiera la prensa más conservadora de Gran Bretaña y Estados Unidos concibió la revolución de Asturias de 1934 como el comienzo de la Guerra Civil, ni como un golpe de Estado general de la izquierda contra la República, como más tarde lo ha presentado una parte de la derecha española.

La II República y el golpe de Estado perpetrado por el bando de Franco fueron objeto de distintas consideraciones. *The Sunday Time* hablaba del “colapso de la

España republicana dentro de los horrores de la anarquía” (23/11/75: Editorial). En *Daily Telegraph* la sublevación aparecía como una reacción apenas evitable a una situación previamente violenta. Al situar la rebelión como consecuencia inmediata de aquel supuesto caos ambos periódicos vadeaban por la fina línea que, en el trazo demasiado directo de la causalidad, apenas separa a esta de la justificación.

Por el contrario, *The Guardian* se refirió siempre al “gobierno legalmente constituido de la República” (21/11/75: 4). El editorial de *The New York Times* aportaba una visión ajustada del gobierno republicano formado en febrero de 1936, despejando el mito de su orientación revolucionaria e influencia comunista, que los sublevados habían levantado para justificar el golpe de Estado. Según el periódico se trataba de “un gobierno del Frente Popular que estaba dominado por moderados y socialistas” donde “los comunistas sólo dispusieron de 17 de los 473 escaños de las Cortes” (20/11/75: Obituario).

De un modo u otro todos los medios hicieron alusión al alto derramamiento de sangre en la Guerra Civil y a la responsabilidad principal de Franco en ello. Sin embargo, ninguno dedicó en las semblanzas del dictador un espacio para narrarlo siquiera proporcional a las dimensiones reconocidas de la tragedia. En el caso de los medios progresistas era frecuente denunciar la barbarie represiva acometida por el régimen, pero entonces no se había ahondado lo suficientemente en el inmenso y complejo fenómeno de la represión como para que ocupase un lugar destacado, en extensión y detalle, dentro del relato general acerca del dictador.

Ningún medio obvió la intervención de Alemania e Italia en auxilio de Franco durante la Guerra Civil; pero *The Times* o el *Telegraph* minimizaron su impacto sobre la victoria final y *Los Angeles Times*, por ejemplo, descartó que fuese un factor decisivo, pues, en su opinión, tal ayuda habría sido neutralizada por la que también recibió la República de la URSS y las Brigadas Internacionales.

The Guardian, por su parte, subrayó que la ayuda recibida por el bando franquista fue mayor a la recibida por la República y que ello fue decisivo para la victoria del primero. En la misma línea *The New York Times* apuntaba: “Franco tuvo la preponderancia de la ayuda exterior. El Gobierno español, por su parte, pudo conseguir algunas armas de Francia y la Unión Soviética” (20/11/75: Obituario). La visión de ambos periódicos se ajustaba a la explicación que progresivamente irían imponiendo estudios historiográficos orientados a ponderar el volumen, la calidad, la frecuencia y los efectos de la ayuda militar recibida por cada bando (Moradiellos, 2001; Viñas, 2013).

Las alusiones al papel de EEUU en la política española fueron frecuentes en la prensa americana, especialmente en el caso de *The New York Times*, que recordaba en tono reprobatorio la ayuda que Franco recibió al comienzo de la Guerra Civil de una parte del mundo de los negocios estadounidenses y la falta de respaldo por parte del gobierno de los Estados Unidos:

Desde el principio los rebeldes recibieron importante apoyo de algunos elementos empresariales americanos. La compañía americana Vacuum Oil de Tánger se negó a vender buques a la República, según el profesor Jackson. Y la compañía Oil Texas, según informan sus libros de cuentas, suministró gasolina a crédito a las fuerzas de Franco en grandes cantidades con cargo a Hitler (20/11/75: Obituario).

No obstante, el diario recordaba, con orgullo deudor de la importante memoria antifascista estadounidense, la contribución de tantos ciudadanos del país a la defensa

de la libertad en España, bien participando en campañas de apoyo a la República, bien enrolándose directamente en las Brigadas Internacionales.

Fascista, no fascista o fascista “a medio cocinar”

Las relaciones de Franco con la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini motivaron una reflexión más o menos argumentada acerca de la naturaleza política del dictador y su régimen. *The Washington Post* se refería a Franco por su rango de “General”, como “dictador militar” o, más frecuentemente, con el título de “Generalísimo” que se atribuyó en la Guerra Civil. El *Chicago Tribune* dijo que Franco “gobernó como un rey divino” y definía al bando sublevado como “ejército nacionalista” (20/11/75: portada).

Todos los diarios reconocieron que el liderazgo de Franco sobre el bando sublevado se debió en gran medida a su capacidad a la hora de armonizar las distintas tendencias políticas que lo conformaban y no identificarse con ninguna en concreto. Según el *Telegraph*, “Fue de hecho su falta de identificación política lo que llevó a Franco al liderazgo en esa abigarrada colección de dificultosos compañeros” cuyo único denominador común era “una ultraconservadora reacción contra la reforma”. El diario calificaba a Falange como “el partido fascista español fundado en 1933”, pero matizaba que en su caso se trataba de un partido con “una orientación populista y nacional-socialista a medio cocinar” (21/11/75: Obituario). El diario no solo se resistía a considerar al bando de Franco la manifestación española del fenómeno internacional del nazi-fascismo, sino a hacerlo con rotundidad en el caso de la Falange de Primo de Rivera.

La edición de *The Sunday Time* puso particular empeño en negar la condición fascista de Franco:

Aunque fue habitualmente denominado fascista y estuvo inextricablemente vinculado a Hitler y a Mussolini a través de la aceptación de su apoyo en la Guerra Civil Española, él nunca fue un ideólogo político. No escribió nada equivalente al Mein Kampf, incluso era particularmente religioso y pragmático (23/11/75: Editorial).

La argumentación apelaba a la escasa aportación de Franco en materia ideológica para desvincularle de un movimiento político que, en el caso italiano y alemán, había tenido como máximos dirigentes a dos grandes propagandistas. Sin embargo, que no fuera un ideólogo del fascismo no significa que no hubiera estado ideologizado en el fascismo. Que sus declaraciones ideológicas no fueran muy elevadas y sistemáticas tampoco oculta aquellas en las que expresamente hizo profesión de fe fascista, una fe que, por otra parte, tampoco necesitó, ni siquiera en sus manifestaciones más teóricas, de demasiado elevación o sistematicidad (Saz, 2004). Además el diario subrayaba dos rasgos (matizables) de la personalidad de Franco que entendía incompatibles con el fascismo: la religiosidad y el pragmatismo, dos rasgos encomiables en el imaginario conservador sobre todo británico. En definitiva, *The Sunday Time* asumía un enfoque definitorio del fascismo muy extendido hasta hoy, consistente en construir un canon de fascismo a partir de la abstracción de los rasgos más característicos del caso alemán e italiano para ver luego en qué medida encajaba con otras realidades nacionales, o para asegurarse de que no lo hacía.

No toda la prensa conservadora descartó calificar de fascista al Régimen de Franco y al propio Franco. El conservador *Daily Mail* lo hizo de manera natural y constante. Su editorial del día 21 llevaba por título “Réquiem por el fascismo” y concluía diciendo que con la muerte de Franco “La era del fascismo ha acabado” (21/11/75: editorial). Ese mismo día en la página 2 aparecía una caricatura con Franco haciendo el saludo fascista ante Hitler y Mussolini ardiendo en el infierno.

The New York Times, que en muchas de sus crónicas calificó a Franco de fascista, se refirió en su editorial del día 21 a los primeros años del franquismo como “una dictadura totalitaria de derechas tan descarnada e intolerante como la más rígida dictadura comunista de izquierda” (21/11/75: Editorial). En la equiparación a la Unión Soviética latía la teoría sobre la naturaleza y los orígenes del totalitarismo revigorizada en las batallas culturales de la Guerra Fría, y la más recurrente práctica discursiva de los medios no ubicados en la derecha consistente en demostrar que las críticas a las dictaduras anticomunistas no se hacían desde una perspectiva fuerte de izquierda que pudiera denotar benevolencia hacia el enemigo soviético.

The Wall Street Journal fue mucho más lejos en la comparación:

De todas las múltiples variedades de totalitarismo repartidas por el mundo, solo los comunistas han dominado las técnicas para imponer una dictadura tan total que perdurase con seguridad a su fundador [...] Así, a pesar de toda la represión de Franco, debe decirse que, por lo menos, no fue lo suficientemente tirano como para apagar la esperanza de que su muerte pudiera resultar liberadora (21/11/75: editorial).

El afán tan propio del discurso extremo y bipolar de la Guerra Fría por magnificar la naturaleza tiránica del enemigo comunista (Niño y Montero, 2012), aunque fuera, como es el caso, por la vía de compararlo con otras dictaduras aliadas de Estados Unidos, devolvía una imagen atenuada de la naturaliza tiránica del franquismo.

Hábil diplomático u oportunista

En todos los diarios británicos y estadounidenses analizados fue recurrente la consideración de Franco como hábil diplomático con sentido de la oportunidad y gran capacidad adaptativa, como un político paciente y perseverante. Los relatos más encomiásticos añadían un fino olfato para la geopolítica y una clarividente capacidad de anticipación a los acontecimientos. Como ejemplo de esta habilidad se ponía su distanciamiento de los regímenes fascistas a medida que la guerra en Europa se decantó a favor de los Aliados. En el caso de *The Times* los elogios se retrotrajeron a comienzos de la contienda cuando Franco, según el diario británico, “con gran habilidad diplomática se resistió a la presión sobre España para que esta se uniera a las potencias del eje en la II Guerra” (21/11/75: editorial 17). Con esta declaración el prestigioso diario británico se ataba a un mito levantado por la propia dictadura, que ya entonces había sido desmentido por la historiografía (Jackson, 1965).

De esta historiografía se hizo eco *The Guardian*, para señalar que “Franco se presentó [ante Hitler] con una lista de requerimientos en moneda, armas, suministros y concesiones territoriales que este no podía aceptar” (21/11/75: obituario). *The New*

York Times reforzaba esta idea publicando algunos extractos literales de los telegramas laudatorios que Franco había mandado a Hitler al comienzo de la II Guerra Mundial manifestándole su apoyo y admiración (20/11/75: obituario).

El mejor ejemplo de la capacidad adaptativa de Franco se remitió a los años 50, cuando, tras promover una desfascistización sobre todo estética del régimen, el dictador se ofreció como fiel aliado frente al peligro bolchevique, aportando su territorio, y con él parte de su soberanía, para que Estados Unidos lo articulase en el mapa geoestratégico contra la URSS y sus aliados (Viñas, 2003). Los periódicos norteamericanos destinaron más espacio a relatar este giro y a subrayar, en tono más o menos crítico, la responsabilidad que Washington había tenido en la supervivencia de la dictadura. *The New York Times* lo explicaba así:

El acuerdo formal se alcanzó en septiembre de 1953, por el cual España daba derecho a EEUU para usar “Una gran cantidad de bases aéreas y navales españolas para la defensa de Europa Occidental y el Mediterráneo”. Los EEUU pusieron 226 millones de dólares para implementar el acuerdo. En 10 años Estados Unidos inyectó a España más de 1.5 mil millones de dólares en asistencia económica y más de 500 millones en ayuda militar. El pacto se renovó en 1963 y nuevamente en 1970 (20/11/75: obituario).

Demiurgo de la clase media

El periodo de gobierno de Franco más reseñado fue el de la década de los sesenta, marcada por un importante crecimiento económico y unos cambios sociales que equipararon España a algunos estándares con que buena parte de los dirigentes y medios de comunicación británicos y estadounidenses valoraban sus respectivos países. De esta reorientación económica de la dictadura procedió no solo un contrapeso a la memoria negra que Franco arrastraba desde los años de la Guerra Civil, sino una revisión, en términos de minimización o relativización, de aquellos años. La “proeza” del desarrollismo español no solo sirvió para eclipsar en la construcción de las semblanzas la dimensión represiva que caracterizó a la dictadura en todo momento, y que alcanzó sus cotas más brutales durante la Guerra Civil y los años cuarenta, sino que en algunos discursos de la prensa esta dimensión represiva quedó reducida a un procedimiento excepcional y ya remoto que había servido para allanar el terreno a esas políticas económicas encomiables.

Los elogios al desarrollismo fueron frecuentes en la prensa estadounidense. *Chicago Tribune* describía a Franco como “el arquitecto de la nueva sociedad de consumo española”. Con él, decía el diario, “coches, radios, televisiones y otros aparatos electrónicos se convirtieron rápidamente en símbolos de la floreciente prosperidad de España” (20/11/75: 12). En su editorial del día 21 *Los Angeles Times* enumeraba las grandes transformaciones acometidas por el Franquismo: “El país se ha industrializado. El vacío en los estándares de vida entre España y el resto de Europa es menos pronunciado. Una considerable clase media ha emergido”. En su crónica del día 22 el *Daily Mail* señalaba directamente al dictador como el gran hacedor de la clase media al referirse a quienes habían ido a despedirle a la capilla ardiente: “Las multitudes que esperaban eran predominantemente la clase media que Franco ha creado”

(4). Franco apareció en varios de estos medios como el gran demiurgo de la clase media española, el creador y modelador por primera vez en la historia de España de esta gran clase portadora de las virtudes más estimadas en el imaginario hegemónico de la época: capacidad de consumo, vida ordenada y moderación política.

La inmensa mayoría de los periódicos subrayaron en términos laudatorios el denominado “milagro español”, así de etiquetable si se consideraba el crecimiento que supuso del Producto Interior Bruto o de la Renta Per Cápita del país. Apenas se habló, salvo tangencialmente en *The Guardian*, de las altas tasas de explotación, de los profundos desequilibrios territoriales, de la cuantiosa migración o de la penuria en las nuevas barriadas que desató el proceso, menos aún de que este no fuera acompañado de la construcción de un Estado de Bienestar equiparable al de los países del entorno (De Riquer, 2010).

La valoración positiva del modelo de crecimiento español de los sesenta debía además del avance, sobre todo en medios conservadores, de una nueva visión que postulaba los buenos y rápidos resultados de aplicar expeditivas terapias liberalizadoras a unas economías, a su juicio, excesivamente reguladas o intervenidas (Harvey, 2007). En los elogios a la política liberalizadora del franquismo sobre un modelo económico hasta mediados de los 50 autárquico, intervencionista, corporativo y capitalista se escuchaban los ecos de aquellos discursos de los setenta que abogaban por acabar con las regulaciones, intervenciones y, en este caso, medidas redistributivas y políticas sociales que en Estados Unidos y especialmente en Gran Bretaña habían estado en la base de los años de crecimiento económico de posguerra, un crecimiento que a esas alturas de 1975 ya se había ralentizado, estancado o revertido. En los elogios a una política económica que se había desarrollado con el autoritarismo propio de una dictadura podían escucharse también los ecos de un discurso en ascenso que abogaba por la reafirmación de la autoridad del Estado para hacer frente a los efectos sociales de la crisis y, muy especialmente, a la movilización social acometida, sobre todo en Inglaterra, por unos sindicatos muy fuertes. Para el mundo conservador estadounidense y especialmente para el británico la imagen de un dictador que de forma resolutiva había impulsado una fuerte liberalización económica no resultaba tan repudiable como cinco o diez o diez años atrás. En algunos periódicos el Franco de la década de los sesenta reapareció como un icono del incipiente neoconservadurismo.

Semejante visión entrañaba una contradicción, en la medida que no cabía hacer una valoración positiva del régimen político que había acometido esos cambios económicos. La contradicción obligaba a rearticular discursivamente la relación entre política y economía, entre autoritarismo político y liberalización económica, para reconciliarla con la perspectiva democrática desde la que teóricamente se hablaba y que ahora se abría en España con la muerte de Franco.

En este sentido, todos los diarios consideraron que el fuerte proceso de liberalización y crecimiento económico impulsado por la dictadura había generado condiciones para la construcción de la democracia. Para los medios más progresistas los efectos democratizadores de esos cambios económicos impulsados por el Régimen se habían producido a pesar suyo. Para los más conservadores casi que el régimen los había provocado a conciencia. De distinta manera ambas explicaciones reproducían, en su versión progresista o conservadora, un mismo paradigma economicista del cambio político entonces muy en boga, según el cual los grandes procesos de liberalización económica generadores de una sociedad de amplias clases medias conducen

necesariamente a la construcción de sistemas parlamentarios liberal-democráticos (Moore, 1973). En ambos casos la acción política subjetiva en pro de la democracia quedaba minimizada como factor explicativo del cambio político o bien era presentada como un efecto derivado y puramente subsidiario de esas transformaciones, como un epifenómeno político de grandes cambios económicos, y sociales.

En este sentido se pronunciaba el obituario de *The New York Times* el día 20: “Parte del problema de Franco fue que el relativo boom económico de España engendró una reacción libertaria”. Más directa era la relación que establecía el británico *The Times*:

Hay ahora dos generaciones de adultos posteriores a la guerra civil: gente mejor ubicada, mejor alimentada, mejor vestida, mejor educada y más conocedora del mundo exterior de lo que fueron los contemporáneos del general Franco. Por esa serie de beneficios muchos de ellos podrían sentir un grado de reconocimiento al propio general Franco, pero la mayoría de ellos son muy conscientes de que es un anacronismo [...] Ellos se sienten lo suficientemente maduros para asumir su responsabilidad como ciudadanos de un estado democrático y sienten la necesidad de un sistema social más moderno para hacer frente a su dinamismo (21/11/75: editorial).

El obituario de *The Times* respondía a una suerte de paternalismo autoritario muy característico de un tipo de pensamiento conservador, según el cual la libertad es un derecho que solo debe ejercerse cuando se alcanza una madurez que requiere, a su vez, del tutelaje previo de una autoridad que prevenga de los excesos de quien no sabe ejercerla debidamente. El diario venía a decir que gracias al tutelaje de Franco la sociedad española, otrora pueril y presa de los excesos revolucionarios de los años 30, ya había madurado lo suficiente como para requerir de este tutelaje, cosa que el propio Franco, como padre sobreprotector, se resistía a reconocer.

Por el contrario, *The Guardian* trasladaba la imagen de un Franco agónico que murió matando y que invirtió hasta su último aliento en evitar la democratización:

En un gesto final para afirmar su autoridad ordenó la ejecución en septiembre de cinco revolucionarios acusados de asesinar a miembros de la Guardia Civil. Murió con su autoridad sobre España sin aparente menoscabo, pero realmente despreciada por el resto del mundo (21/11/75: obituario 4).

La última afirmación, sin embargo, no era del todo cierta a tenor de lo que podía leerse en otros diarios estadounidenses y británicos.

Las semblanzas sobre Franco abordaron también su herencia institucional. Con total naturalidad todos los medios identificaron a Juan Carlos de Borbón como el heredero directo del dictador. *The Guardian*, por ejemplo, planteó que el objetivo último de la dictadura siempre había sido la “restauración” de la Monarquía (Ibid). La prensa estadounidense hizo aquellos días una apuesta clara por el príncipe Juan Carlos, mucho más clara que cualquier periódico conservador británico. En *The Washington Post* la semblanza en claro-oscuro del viejo dictador fue derivando en la descripción más luminosa del nuevo monarca, como si, en una metáfora misma de la transición que habría de venir, este fuera mutando en aquel. Según el periódico las intenciones democratizadoras del monarca quedaban patentes en sus estrechas relaciones con Estados Unidos:

No es un secreto que durante años Juan Carlos ha tenido un contacto regular con embajadores americanos y de Europa occidental. El actual embajador de Estados Unidos en España, Wells Stabler, empezó a mantener reuniones regularmente con el príncipe cuando Franco cayó por primera vez enfermo (22/11/75: 7).

Los medios de comunicación americanos de entonces relataron la intervención de Estados Unidos en la política española con mayor frecuencia y naturalidad que los medios españoles de la época y que parte de la historiografía (Powell, 2011).

Personalidad

Casi todos los diarios se aventuraron a penetrar en la personalidad del dictador, sin caer en el burdo psicologismo que explica el proceder público de personajes históricos a partir de unos caracteres innatos. Los rasgos esbozados por los periódicos – deducidos de las acciones recurrentes del dictador o filtrados por su círculo más íntimo – coincidieron con algunos de los perfiles trazados por la historiografía, pero también con otros procedentes de los mitos y leyendas construidos por sus partidarios o detractores o con otros entresacados de los estereotipos que la prensa británica o americana tenía de lo español, estudiados en los últimos años por distintos historiadores (Zenobi, 2011; Cazorla, 2015; Moradiellos, 2016). *The Sunday Time*, por ejemplo, se refería a Franco como una persona “desapasionada”, “carente de sentido del humor” y “austero”, lo que a su juicio hacía de él “una figura antiespañola”, dando a entender así cuáles eran los rasgos idiosincráticos de lo español (23/11/75: editorial). Lo de la falta de sentido del humor parece ser algo contrastado o al menos reconocido por muchos de quienes trataron con Franco. El desapasionamiento podría sostenerse apelando a una gestualidad parca y aparentemente indolente, no así a la pasión que necesariamente tuvo que poner en la conquista y preservación de un poder que no le vino dado ni sostuvo de manera pasiva. La austeridad, sin embargo, constituye un mito que ya ha sido desmontado por la historiografía (Preston, 2015; Viñas, 2015: cap. 5).

El *Telegraph* reforzó la imagen de Franco como “militar sobrio”, cauteloso, audaz y no entrometido en política que la dictadura construyó. Según el periódico estos rasgos de Franco coincidían con los de su admirado Duque de Cambridge (21/11/75: obituario), lo que evidenciaba de nuevo esa tendencia en la prensa conservadora británica a equiparar al dictador español a los grandes hombres de armas británicos y no a Hitler o Mussolini.

La descripción psicológica más extensa de Franco apareció en el obituario de *The New York Times*. Ofrecía en gran medida un relato desmitificador, donde era descrito como un orador muy limitado incapaz de seducir en las distancias cortas, en los actos públicos o en declaraciones previamente ensayadas para los medios de comunicación del régimen. El dictador era descrito como un hombre rutinario e inseguro en sociedad, de maneras frías, secas, hurañas, torpes. Según el diario cuando acudía a actos públicos “andaba como perdido, de manera tímida, forzando una sonrisa de aquí para allá sin que apenas pareciese que había alguna relación entre él y la gente” (20/11/75: obituario). Tales limitaciones también las reconocía un periódico mucho menos crítico con la figura de Franco como *Los Angeles Times*: “Como dictador no fue ni un orador, ni un intelectual, ni un filósofo” (20/11/75: 21). *The New York Times*

subrayaba, sin embargo, que se trataba de un hombre curioso que hacía esfuerzos por informarse a través de subordinados y de la prensa (20/11/75: obituario).

El dictador apareció retratado como una persona intencionadamente ambigua, co-reosa, calculadora. *The Guardian* señalaba que “no resultaba fácil estimar sus motivaciones” (21/11/75: obituario). *The New York Times* que “ni su collar sabía lo que estaba pensando”, que su hermetismo y ambigüedad eran rasgos de su personalidad con los que controlaba a sus subordinados, siempre en tensión ante la indescifrable voluntad del Caudillo (20/11/75: obituario).

Según *The New York Times* Franco era tan frío y cruel como “un centurión impersonal y eficiente”. Sacaba a colación un episodio, del que no daba fecha ni lugar, en el que al ser cuestionado por un subordinado, separó a este de la tropa sin mostrar ningún enojo y luego ya fríamente en su despacho mandó fusilarlo. El diario fue delimitando una personalidad necrófila, evidenciada en la cantidad de fusilamientos que ordenó y sugerida también por su pasión por la caza, de la que daba prolijos detalles (Ibid).

Según *The New York Times* Franco fue en su vida privada un hombre virtuoso dentro de los parámetros conservadores de la época: llevaba una vida familiar sencilla, apenas consumía alcohol y no se le conocían relaciones extramatrimoniales. No obstante, el diario contradecía esta imagen de hombre sencillo que la dictadura tanto se afanó en cultivar (Zenobi, 2011: 295-302) al relatar las costosas cacerías que organizaba o su gusto por un protocolo y una escenografía que venían a reproducir el homenaje debido a los reyes y la costumbre de las autoridades eclesiásticas de acudir bajo palio a los ritos religiosos. El diario llegó a hablar de cierta megalomanía, comparando a Franco con Augusto, Carlos V y Napoleón y sacando a colación la “tumba faraónica” que se había construido en el Valle de los Caídos (Ibid).

Precisamente la imagen que más apareció en la cobertura mediática a la muerte de Franco fue la de su sepelio en el Valle de los Caídos. Perspectivas con el mausoleo enclavado en Cuelgamuros, fotografías en contrapicado de la impresionante cruz y escenas de quienes acudieron a despedirle poblaron las páginas de casi todos los diarios entre 23 y el 25 de noviembre. Ni los medios que más se habían esforzado en negar la condición fascista del Régimen y su caudillo pudieron sustraerse el día de su entierro a reproducir la imagen de los correligionarios del dictador haciendo el conocido saludo fascista. La última imagen que se proyectó sobre él contenía tonos y texturas muy parecidas a la del militar que, con la ayuda de Hitler y Mussolini, acabó en los años 30 con la democracia española.

Conclusiones

El gobierno estadounidense evitó expresar una opinión demasiado encomiástica de Franco a su muerte para evitar la reprobación de referentes muy hostiles al dictador. El gobierno laborista británico, más crítico, optó también por la contención diplomática. Las diferencias se pusieron de manifiesto en la asistencia al funeral del dictador. Gran Bretaña mandó una comitiva formada por parlamentarios sin peso en el gobierno. EEUU a su Vicepresidente. La sociedad civil británica y estadounidense fue más crítica. Referentes sindicales británicos reprobaron que el gobierno mandara siquiera una delegación oficial al sepelio, apelando a la memoria de la lucha antifascista. En

EEUU destacados intelectuales firmaron un manifiesto que censuraba las buenas relaciones de su gobierno con Franco.

The Times fue el periódico que proyectó una imagen más positiva de Franco. En el extremo contrario se situó *The Guardian*. Entre esos dos polos bascularon los demás periódicos, recalando con frecuencia en una suerte de equidistancia indulgente que, apelando a un supuesto análisis desapasionado e histórico, minimizaba la dimensión dictatorial y represiva de la dictadura en beneficio de la consideración de lo que a su entender eran sus logros económicos en los sesenta.

Tanto los diarios conservadores como los progresistas subrayaron la fulgurante carrera de Franco en el ejército, reproduciendo la idea, cuestionada por la historiografía, de su profesionalidad militar. Varios periódicos presentaron el golpe de Estado encabezado por Franco como una reacción militar a una peligrosa situación de descomposición previa. Al trazar una relación de causalidad tan lineal la explicación de la rebelión se deslizaba hacia su justificación. Por el contrario, en *The Guardian* y *The New York Times* se habló de golpe de Estado a un gobierno reformista legalmente constituido muy alejado de cualquier veleidad revolucionaria. En cualquier caso, ni la prensa británica ni la estadounidense de un siglo u otro presentaron la revolución de Asturias de 1934 como el comienzo de la Guerra Civil o como un golpe de Estado de la izquierda contra la República.

Todos los medios hicieron alusión a la violencia despiadada de la Guerra Civil y la postguerra y todos situaron a Franco como su mayor responsable. Sin embargo, ningún medio dedicó a la represión un espacio proporcional a las dimensiones reconocidas de la tragedia. Ni el grado de conocimiento del fenómeno ni la sensibilidad de la época en los grandes medios empujaban a ahondar en ello.

Ningún medio obvió la intervención de Alemania e Italia en auxilio del bando franquista durante la Guerra Civil; pero *The Times*, *The Daily Telegraph* o *Los Angeles Times* la minimizaron, a diferencia *The Guardian* y *The New York Times*, que la situaron como el factor decisivo de la victoria. *The New York Times* denunció además la financiación que Franco recibió durante la Guerra Civil de empresarios estadounidenses. En consecuencia, se debatió acerca de la condición fascista del régimen. *The Sunday Times* se afanó en negarla, el conservador *Daily Mail* la reafirmó en titulares, texto y viñetas. *The Wall Street Journal*, sujeto a la lógica cultural de la Guerra Fría, minimizaba el carácter totalitario del franquismo al compararlo con lo que a su entender era el peor de los totalitarismos de la época, el comunismo.

En todos los medios anglosajones Franco fue considerado un dirigente provisto de gran capacidad adaptativa. Los relatos más encomiásticos hablaban de su fino olfato para la geopolítica. Los más críticos, de un cínico oportunismo orientado a la sola preservación del poder. El giro más subrayado para dar cuenta de ello fue el que le llevó de sintonizar con las potencias del Eje a reconvertirse en fiel aliado de EEUU y de su sistema de defensa.

El periodo de la España franquista que mereció más atención (y aprobación) fue la década de los sesenta, marcada por la transformación del país al calor de la liberalización económica y los planes de desarrollo. Buen ejemplo de ello lo tenemos en *Chicago Tribune* y *The Washington Post*. Franco fue retratado como el gran demiurgo de la clase media en España, el constructor de una subjetividad social adecuada al imaginario hegemónico occidental de los setenta. Prácticamente todos los analistas señalaron que estas transformaciones sentaban las bases materiales para el desarrollo de la democracia en España. Para los más progresistas se trataba de los efectos

no deseados de las medidas promovidas por la dictadura. Para los conservadores, el resultado lógico de la voluntad de creación de un nuevo orden. Casi todos, en definitiva, fueron deudores de esa concepción mecanicista de la época según la cual el avance de la sociedad de consumo abría la senda hacia la democracia política.

La reestimación de Franco se vio favorecida por el avance de una nueva visión dentro del mundo conservador en el contexto de la gran crisis económica de los sesenta. Esta visión veía a postular los buenos réditos que traería la aplicación de terapias liberalizadoras expeditivas a unas economías, a su entender, excesivamente reguladas e intervenidas. También la necesidad de fortalecer la autoridad del Estado para garantizar el orden frente a los efectos sociales de la crisis y la movilización de unos sindicatos tan fuertes como los británicos. Desde esos parámetros en alza se entiende la seducción, a ratos contenida a ratos confesa, hacia un gobernante que había liberalizado la economía de su país con mucho más que mano dura.

A propósito de la personalidad del dictador la opinión anglosajona vino a coincidir con algunos de los trazados esbozados por la historiografía, pero también con otros procedentes de los mitos contruidos por la dictadura y de los estereotipos acerca de identidad española. El retrato más desmitificador correspondió a *The New York Times*, que describía a Franco como una persona con escasas habilidades sociales y maneras hurañas, pero también hábil y calculadora, fría y cruel. La idea del dirigente abstemio y austero irrumpió en obituarios y semblanzas, aunque fuera muy atenuada ante la constatación de su gusto por las cacerías, los rituales y la megalomanía materializada en el Valle de los Caídos. La imagen de su entierro en el mausoleo de Cuelgamuros, despedido, brazo en alto, por sus acólitos fue la que cerró la mayoría de las crónicas y semblanzas. Para algunos en ellas quedaba patente la muerte del último fascista, para otros, el entierro de un simple anacronismo pertinaz.

Bibliografía citada

- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza.
- Cazorla, A. (2015). *Franco: biografía de un mito*. Madrid: Alianza.
- González Madrid, D. (2010). Actores y factores internacionales en el cambio político español. Una mirada a la historiografía. En Martín García, O. y Ortiz M. (coords). *Claves internacionales de la transición española*. Madrid: La Catarata.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Jackson, G. (1965). *Spanish Republic and the Civil War 1936-1939*. Princeton: Princeton University Press.
- Lemus E. (2010). *Estados Unidos y la Transición española, entre la revolución de los claveles y la marcha verde*. Madrid: Silex.
- Moore, B. (1973). *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*. Barcelona: Península.
- Moradiellos, E. (2001). *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*. Madrid: Península.
- (dir.) (2016). *Las caras de Franco. Una revisión histórica del Caudillo y su régimen*. Madrid: Siglo XXI.
- Niño, A. y Montero, J. A. (eds.). (2012). *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Powell, Ch. (2011). *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Preston, P. (2001). *Las tres España del 36*. Madrid: Plaza y Janés.
- (2015). *Franco. Caudillo de España*. Madrid: Ramdon House.
- Riquer, B. de. (2010). *Historia de España (Vol. IX): la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- Rodríguez Martínez, R., Tulloch, Ch. y Guillamet, J. (2015). La muerte de Franco y la transición española a través de la prensa internacional: la visión periodística del Reino Unido, Francia, Italia y Estados Unidos. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 21 (1).
- Sassoon, D. (2001). *Cien años de socialismo*. Madrid: Edhasa.
- Saz, I. (2004). *Franquismo y Fascismo*. Valencia: UPV.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.
- Viguera Ruiz, R. (2010). ¿Punto y seguido?, ¿Punto y aparte? La muerte de Franco a través de la prensa Inglesa. *Historia Actual Online*, 21.
- Viñas, A. (2003). *Las garras del águila, Los pactos con EEUU, de Francisco Franco a Estados Unidos (1945-1995)*. Barcelona: Crítica.
- (2013). *Las armas y el oro. Palancas de la Guerra, mitos del Franquismo*. Madrid: Pasado y Presente.
- (2015). *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*. Barcelona: Crítica.
- Werth, B. (2007). *31 Days. Gerald Ford, the Nixon Pardon, and a Government in Crisis*. New York: Anchor Books.
- Zenobi, L. (2011). *La construcción del mito de Franco*. Madrid: Cátedra.